

Baudelaire

Cada vez que Antonino visitaba el departamento de su tío, corría adonde aquél guardaba sus ejemplares del *Alerta!* Movido por el asedio de morbo, un escozor que no cedía hasta dejar saciada su curiosidad, contaba ansioso los días faltantes para, acompañado de su madre y sus hermanas, tocar a la puerta del tío. En el cuarto de trebejos, el asunto se reducía a buscar entre cajas de cartón el sitio de los impresos apilados. Luego de acomodarse en un sofá raído y sucio, hojeaba los periódicos, cuidando que su madre no se percatara. Resultaba impresionante que la publicación hiciera hincapié en la exhibición de la tragedia, que sus encabezados fuesen del tipo: *Oh, Dios!* (notificando el asesinato de una mujer cuyo cuerpo había aparecido, mas no su cabeza), u: *Horror!* (al hablar de una extorsión a mano armada), o: *Que Dios los perdone!* (en referencia a los individuos horriblos que, tras violar a una jovencita, la habían estrangulado). Tanto los titulares como el nombre de la publicación empleaban un único signo de admiración, hecho que intrigaba a Antonino al contravenir las reglas de sintaxis del colegio. Lo más llamativo no eran los

retratos de los criminales capturados, blandiendo sus armas con sonrisas cínicas, sino las fotos en primer plano de las víctimas de tanta atrocidad. ¡Siempre había cadáveres entre las páginas!, resultado de lo que fuera: disputas familiares, asaltos bancarios o aparatosos accidentes aéreos o automovilísticos. ¿Debía ser la muerte tan trágica y violenta? ¿Tenía que infiltrarse en todas partes y a cualquier hora? Al parecer, sí. Luego llegaba la narración detallada de los hechos y Antonino solía repetir su lectura una y otra vez, pasmado. Con los ojos fijos en los retratos de cuerpos incrustados entre hierro retorcido, era capaz de sentirse al lado de los autobuses volcados en las autopistas, contemplando las caras ensangrentadas y, a veces, sus ojos entreabiertos, tal como si los cadáveres estuviesen echando un vistazo desde el más allá para reafirmar el testimonio de la sorpresa fatal, o el fotógrafo hubiese buscado el mejor ángulo antes del disparo de la cámara. ¿Cómo era posible todo aquello? A lo largo de la semana, Antonino dormía con aquellas imágenes que se mezclaban con la sustancia inasible de sus sueños, haciéndolo sentir impresionado, sucio por dentro. Muchas veces se figuró cómplice de esas muertes por el hecho de mirarlas con tal avidez. A veces se despertaba agitado, sudoroso, y percibía los latidos de su corazón palpitándole en las sienes. Según dice recordar ahora, la primera vez que se sintió atraído por tales horrores fue unos años atrás, cuando, al pasar por el puesto de periódicos, tomado de la mano de su madre, alcanzó a distinguir en la portada del *Alerta!* un auto volcado en la autopista. Creyó que se trataba de un juego, un divertimento de adultos a los que también les gustaba destrozar sus coches, como él y sus compañeros

de escuela hacían con sus carros de juguete. Quizá por la lectura de los periódicos —que con el tiempo poblaron su cabeza con multitud de imágenes de lo trágico—, quizá por el sitio al que se mudó la familia entera, en el que abundaban hechos violentos y las madres resguardaban a sus hijos apenas llegado el crepúsculo, el de la muerte fue un tema que empezó a nublar la cabeza de Antonino. Juró muchas veces que en las próximas visitas al tío ya no volvería a tomar los periódicos. No pudo cumplir sus votos y promesas; sólo ocurrió así hasta que en el *Alerta!* apareció narrado, con abundancia en los pormenores, una tragedia de la que Antonino fue, en parte, responsable. Se trataba de la muerte de Saúl Castellán. Todo mundo sabe que las tragedias son precedidas por signos rara vez interpretados. Entre los incidentes que con mayor nitidez rememora Antonino de esa época, está la aparición de un perro sucio y fiero que caminó por las calles de Ciudad del Valle. Fue digno de atención que ocurriese cuando su padre salió de casa sin avisar, como a veces acostumbraba, tardando semanas en volver de nadie sabía dónde. Aquello obligó a su madre a recurrir a los ahorros para no hacer pasar hambre a la familia. El padre se fue. El can apareció. Igual que los lugareños de Ciudad del Valle, Antonino se apartó del animal, temeroso de ser mordido. Con la mirada enrojecida, contempló aquél a los habitantes que a su vez lo escrutaban; llevaba el hocico lleno de espuma y nadie lo reconoció. No era extraño que en las fechas de canícula pasasen por la ciudad multitud de canes con el hocico espumeante, los ojos fijos en ninguna parte, pareciendo dirigirse al galope, ensimismados, al sitio definitivo de su muerte. Ciudad del Valle no les interesaba

para morir. Ese perro permaneció en el sitio y se introdujo en negocios del mercado, haciendo que la gente trepara a las sillas tras los escaparates. Asomó también por las puertas abiertas de las casas. De calle en calle iba. Se le vio intentar beber infructuosamente del agua de un charco. No poder hacerlo, estar muriéndose de sed lo hizo enfurecerse y arremeter contra otros perros, animales que después, por orden de la municipalidad, serían sacrificados. Los policías de la ciudad fueron llamados para auxiliar. Dispararon. Volvieron a disparar y Antonino se estremeció al mirar los estertores del animal abatido, sufriendo en sus intentos por dar los últimos aullidos. Tras liquidarlo, los gendarmes se ufanaron, celebraron mirando a la bestia vencida como trofeo y se marcharon a beber cervezas. A los pocos días aparecieron en el diario del lugar como ídolos, con el can inerte a sus pies, bajo el encabezado de la publicación que resaltaba: *Valientes policías ultimán animal rabioso*. Eran los héroes del ridículo. A Ciudad del Valle no le importa el ridículo, lo olvida con facilidad. Sin embargo, la ciudadanía aún recuerda que tanto en el periódico local como en el amarillista *Alerta!*, de circulación nacional, apareció la foto trágica de Castellán, amigo de Antonino, a quien éste vio morir a manos de terceros. Él tampoco lo olvida. En una anotación reciente, Antonino admite que pudo haber evitado la ruina de Castellán. Aún se bate en duelo contra el silencio que guardó ese día. *Silencio cómplice*, escribe. Lo cierto es que desde aquella ocasión se volvió tan callado que hay quienes lo consideran mudo. Dado que nunca conoció con precisión quién fue ese personaje misterioso, en la actualidad intenta representarlo con dibujos de su bolígrafo, en su

mayoría burdos, donde aparece la mayoría de las veces con una chaqueta al hombro. Ciudad del Valle ha hecho circular múltiples versiones acerca de Castellán, todas contradictorias, y que él no pudiese redondear una propia se debió en parte a esas intermitencias (también de silencio) que surgieron en sus últimos encuentros. *Silencio y sangre*, se lamenta Antonino al recordar el suceso que amenaza con perderse en la bruma de lo pretérito y despedir a su vez raudales de claridad cegadora. En la hondura de su conciencia, latente a la fecha, se suele dibujar el rostro descompuesto de Castellán, intentando retener la sangre que escurre de entre los jirones de sus prendas, con las facciones marcadas por la sorpresa de algo sin razón de suceder: un absurdo. Recorre Antonino algunas hojas tachonadas, sus ojos leen *suceso Castellán*, justo el término que emplearon para el caso las estaciones de radio local y que le obligan a situarse en los márgenes de ese tiempo/espacio donde, semanas antes, se halla releendo un pasaje de *El principito*, las líneas en las que De Saint-Exupéry describe al aviador dibujando elefantes y serpientes, y sin comprender la causa, Antonino cae en la cuenta de que ya no disfruta igual de su lectura. Hacía poco que le maravillaban las historias de ese aviador francés. Ahora le desilusionaban. Hasta entonces había amado las historietas y los columpios; aún corría al colegio llevando en la mochila tras su espalda el brío de la infancia. En casa conservaba un oso de plástico que simulaba raspar con la mano los restos de comida, con seguridad deliciosa, de una pequeña olla. También se había electrizado al percibir una sombra incipiente comenzando a poblar su rostro, y no era un juego de contrastes de luz ante el espejo. Ese

mismo día, en la secundaria, observó a Martha agacharse para recoger sus libretas del suelo y notó en su entrepierna un bulto que le pareció desmesurado, grosero. Su corazón se estremeció del desconcierto y sintió el rostro enrojecido de vergüenza. Amaneció al otro día con el calzoncillo endurecido por una sustancia ajena a todo lo que hubiese conocido. Así descubrió su niñez en fuga por las calles, muy poco antes de cumplir los trece. La joven de nombre Martha, responsable de que él experimentase la extrañeza de su cuerpo, sería con el tiempo una mujer vivaz y atractiva, casada con un miembro del Colegio Militar, de carácter soberbio y atuendo escandaloso. En los días de esta historia, los compañeros de aula de Antonino cantaban una pegajosa melodía al ver pasar a la joven: *ella se llamaba Martha, ella se llamaba así...* Qué deleite saberse deseada y popular, y qué pena que en la estrofa siguiente la canción expusiese a *Martha* a la espera de un hijo que no deseaba. Poco después se hizo conocida otra letra española que aludía también a su nombre y lo relacionaba con un marcapasos, refiriéndose a la preñez. Hasta la fecha, Antonino se pregunta el porqué de esas coincidencias entre nombres y acontecimientos. Transcurridos muchos años, se enteró de que Martha nunca pudo concebir y sufrió el desprecio de la familia del marido, quien ebrio la humillaba durante los descansos del Colegio. Ella se cansó y se fue de la ciudad sin despedirse de nadie. Por más que se esfuerza, apenas consigue Antonino imaginar la escena de la partida; no corresponde a la Martha inquieta a la que trató en el aula, esa jovencita que a su modo le sustrajo de las angustias del colegio, lugar que le transmitía la sensación de estar en escena-

rios del *Alerta!* El ambiente escolar no era sino un micro mundo que emulaba la violencia en Ciudad del Valle, o la de los periódicos, y no resultó consolador que se le asignase el turno vespertino. A la salida abundaban las reyertas tras los vagones abandonados del ferrocarril. Bajo las noches turbias, los grupos de estudiantes salían de clase, corriendo excitados hacia las vías del tren (algunas veces Antonino entre ellos, con el deseo inexplicable por presenciar los encuentros a golpes). Cuando los enfrentamientos coincidían con la salida del maestro Baldomero, reputado por su rigor, éste aceleraba su coche hacia la masa de alumnos para diluirla. Varias ocasiones observó Antonino portar a los muchachos de su clase navajas automáticas en los bolsillos del uniforme, para intercambiarlas después de sopesarlas, o llevar estrellas *ninja* que uno de ellos elaboraba en la herrería de su padre con el fin de venderlas a los otros. Se asustó al verlos lanzarlas contra los muebles de madera en el laboratorio de química. A sus doce o trece años iban tras los vagones a fumar marihuana con los mayores; al volver, siempre furtivamente, manoseaban a las chicas en los sanitarios antes de la salida y era preferible que nadie los delatase. Cuando alguna de ellas abandonaba la escuela, surgían de inmediato rumores de su embarazo. Los de tercer grado, de quince años, veneraban al antihéroe de *Dulces navajas*: película en la que un delincuente quinceaño dirigía a pandilleros mayores que él, enfrentándose cuerpo a cuerpo contra hombres de treinta años, o, navaja en mano, sostenía relaciones sexuales con las chicas. Extasiados, los adolescentes hablaban de la muerte heroica del protagonista, producto de una traición, justo cuando su único hijo

era dado a luz. Uno de los entusiastas de *Dulces navajas* confesó a la hermana de Antonino, y ella a éste, que él y los de su pandilla arrojaron sus estrellas *ninja* contra un niño que apenas caminaba, justo en el jardín de su propia casa. “¡Le atinamos! Una de ellas se le clavó en la panza y nos fuimos corriendo antes que llegaran sus padres”, exclamó el adolescente. Ante alumnos como éstos, era explicable que los prefectos no profiriesen palabra al verlos en grupos; Antonino comprendía su temor, al igual que el de los conserjes: hombres humildes que ganaban sueldos de miseria y el peso de los años empezaba a acumularse a sus espaldas. Para no meterse en problemas, más de una vez disimularon al mirarles alguna fechoría. ¡Daba lástima ver su miedo! La vida misma era miedo. ¿Cómo se puede detener el miedo? En casa, sus hermanas enumeraron múltiples horrores de Ciudad del Valle, entre los que estaba la presencia de Saúl Castellán en las inmediaciones. “Vaya espanto”, dijeron. “¡Y qué porquerías no se meterá!”, exclamó la madre de Antonino en torno a Castellán minutos después de cruzarse con él. E instruyó a sus hijas: “Nunca dejen que se les acerque, mírenle la cara de perdido”. Rondaba los veinticinco años, o un poco menos, hallándose su casa a dos viviendas del domicilio de Antonino. Su pelo rebelde era acomodado con brillantina para hacerse un fleco al lado de la frente. No parecía importarle quién estuviese alrededor y casi nunca miraba a nadie al caminar. Tal gesto era el responsable de conferirle un cariz de arrogancia, más la mirada perdida que le infundía esa impresión de hallarse intoxicado. “¡Malviviente!”, le gritaban las viejas desde la acera. “No salió como su hermana”. Se referían a Carmina, cajera en la farmacia,

de quien se aseguraba ser el sostén económico de Saúl. En el colegio, Antonino escuchó rumores acerca del sujeto. Le dijeron que vivía de apostar en el kiosco central de Ciudad del Valle, donde los hombres se reunían a jugar al dominó y las cartas. Según el rumor, ahí mismo se traficaban armas de fuego. Y balas. Oyó que Saúl Castellán sólo llevaba una mancuerna para los dedos en caso de librar peleas y que poco antes portó consigo una navaja de muelle, entregada a su principal rival de juego, de apellido Avilés, en una de las raras ocasiones en que se le mostraron los ases. Agregaron también que era famoso por las chicas atraídas hacia él, como si oliessen su misterio. Las frecuentaba pareciendo no importarle lo suficiente, acostumbrado a no pertenecer a mujer alguna, ni siquiera a sí mismo. Al triunfar en el juego, su gesto traslucía, más que el gusto por el dinero, el deleite de irse triunfante sobre sus rivales. “¡Pero no te le acerques!”, se le advirtió a Antonino. Incluso a los más avezados inspiraba miedo su apariencia, no por la ropa de mezclilla y cuero, sino por el aspecto grave, por la lentitud con que masticaba el chicle al sopesar con la mirada. Eran las muchachas quienes insistían en preguntar por él, con seguridad intrigadas por la postura del individuo que no se ajusta a nada, o bien, que parece atormentado en el interior. Hubo quien notó el desprecio de Carmina, celos quizá, hacia las jóvenes pretendientes de su hermano. *No te le acerques*, parecía espetar la hermana desde lejos. *No te le acerques*, resonaba también en la cabeza de Antonino. *No te le acerques*. De modo que la primera ocasión que el trayecto de Antonino coincidió con el de Saúl Castellán, y éste le saludó con un gesto, él devolvió tan sólo silencio. Un silencio

motivado por el rechazo tajante a su apariencia. No es esa la palabra justa, rechazo; y por más que ahora se esfuerza Antonino, es incapaz de definirlo: como si hubiese implorado que Saúl no fuese su vecino, ni encontrárselo de cerca, pero sí observarlo a la distancia y seguir mirando. Al llegar a casa refirió a su madre el suceso. “Llamaré a la policía para que ese mal nacido deje de molestarte”, dijo la mujer. Levantó el auricular del teléfono y casi al instante llegó del trabajo el padre de Antonino, pidiendo de comer. “Qué cansado estoy, mujer. Vayamos a la mesa”. Todos guardaron silencio. Numerosas ocasiones, Antonino y sus hermanas descubrieron al padre fumando con Castellán en las cercanías del parque. ¡Cuántas contradicciones! Imposible darse a la tarea de entender la naturaleza de su padre; mucho menos la de Castellán. Antonino recuerda con claridad la noche que fue rescatado, precisamente por aquel extraño, de una paliza que iban a propinarle los altivos de su clase, entre ellos Eduardo Villegas, golpeador que presumía destreza en las artes marciales, además de la pelea callejera, y que toqueteó los pechos de Martha. Molesto por el arañazo recibido en el párpado y los insultos ante a sus amigos, Villegas la llamó perra. No satisfecho, le rasgó el suéter del uniforme. La acción contra su amiga lastimó a Antonino. Aún más le incomodó su incapacidad de enfrentarse a golpes con el agresor, siendo un debilucho de escasa condición. Se agitó con rabia en su butaca. Considerando su desventaja física, tuvo la ocurrencia de escribir en hojas cuadrículadas del cuaderno una advertencia a Eduardo, de parte de cierto *mafioso* aconsejándole tener cuidado. En el contenido de la misiva, el hombre aseguraba que

Eduardo no era merecedor de la vida y le advertía que pronto moriría. “¿Quién hijo de su puta madre escribió esto? ¡Cuando sepa quién fue, lo mato!” , gritó con rabia Eduardo Villegas tras leer la carta sobre su butaca. Estaba rojo por la furia. Pronto se sosegó hasta quedarse pensativo; los jeroglíficos que Antonino transcribió a la vuelta de las hojas, así como un pequeño símbolo de su autoría, similar al logotipo del *Ku Klux Klan*, le imprimieron credibilidad al escrito. Eduardo empalideció. ¿Quién sería *ese hombre* de la amenaza? A su edad ya contaba con varios enemigos. Antonino había vencido. A la salida del colegio, comprendió su error. Cerca de la gasolinera abandonada habitual a su trayecto, lo esperaba un grupo. Alcanzó a escuchar la voz de uno de los amigos de Eduardo: “Él escribió el pinche mensaje, yo he visto esos dibujos en sus libretas”. Más al fondo, Antonino pudo distinguir entre la oscuridad a Villegas. Negó con la cabeza, mas el mismo que vociferó pidió que sacara las libretas de la mochila. Obedeció sin remedio, ante la mirada endurecida de los demás; en efecto, copiaba símbolos de libros con grabados y logotipos de sociedades secretas, los demás los inventó él mismo y llenó sus cuadernos con ellos. Estaba desenmascarado. Iban a golpearlo sin consideración, lo sabía, o quizá a matarlo. Un sudor frío descendió por su cuello entumecido. Nunca había temblado tanto. De tanto miedo que le recorrió el cuerpo, se aflojaron sus esfínteres; intentó emprender la fuga, pero sus piernas eran de goma flácida, igual que en sus sueños. En tal momento, Saúl Castellán hizo notar su presencia desde un poste cercano. Los atacantes se apartaron al verlo, excepto Eduardo, quien le desafió poniéndose en guardia. “¿Me estás

retando, pedazo de puto? —espetó Saúl—. Muy bien, vamos a ver si tienes huevos y te sigues metiendo con quien no”. Villegas se abalanzó contra él, con los movimientos exagerados de un karateca colérico. Saúl esquivó las patadas y le propinó severa golpiza, controlando el daño de sus puñetazos. El otro alcanzó a extraer la navaja de su bolsillo, misma que Saúl le envió al suelo de un manotazo y Eduardo Villegas pudo escapar antes de recibir más de la tunda. Daba unos saltitos ridículos, con el pie derecho lastimado. Antonino se descubrió envuelto por una sensación de placer al verlo alejarse. “¿No eres de casualidad vecino mío?”, preguntó después Saúl, tratando de distinguir las facciones del joven en la oscuridad. Escupió la goma de mascar y con ambas manos se acomodó el cabello revuelto por la pelea. Extrajo un cigarrillo y lo encendió. Ante la luz del fósforo se dibujó su rostro, recorrido por una capa de fino sudor. “Ven aquí, hablemos un poco”, dijo mientras espiraba el humo de la primera bocanada. Extendió un brazo hacia Antonino. Lo único que él consiguió balbucir, brotado de la sequedad de su garganta, fue lo que más se reprochaba pronunciar: “¡No!”. Entonces pudo echar a correr. A veces siente que aún corre. A partir de aquel incidente, comparable al relámpago, la vida comenzó a acelerarse ante sus ojos. Hay quien afirma que la mitad de la existencia está regida por el tiempo psicológico, o que a los dieciocho años todo empieza a ocurrir con rapidez en los humanos. Quizá el mal se adelantó y ataque desde los doce. Para Antonino, los días agitados duraban cada vez menos. Apenas meses atrás, se había lamentado de la lentitud con que avanzaba el tiempo para ir al cine con sus hermanas, cada dos do-

mingos. El mundo adquirió de pronto mucha velocidad. Se presintió él un pasajero más de ese tren desca-
rrilado que avanza sin detenerse, siempre más veloz, al
punto luminoso del no retorno. Algo debería poder ex-
plicar esos días, aquella época. No hace mucho, Antoni-
no pudo ver una vieja película en blanco y negro. En
ella aparece un joven pandillero, motociclista y filósofo,
que pasa la tarde completa viendo el comportamiento
de los peces en un acuario; no se mueve de las peceras
del establecimiento, generando desconfianza por su as-
pecto y reputación de peligroso. Lo que el otro hace,
empero, es disertar sobre la condición del hombre;
compara su conducta con la de los animales reclusos
en un espacio tan pequeño: peces que pelean rabiosos
con su propia imagen ante un espejo que él mismo les
coloca. Después, el motociclista muere con violencia a
manos de un policía paranoico, justo cuando intenta li-
berar a los pececillos (lo único a colores en *Rumble fish*)
para llevarlos al río cercano. El joven tenía veintiún
años pero parecía de veinticinco, e hizo que Antonino
recordara inevitablemente a Saúl. Apretó los labios en
una mueca incomprensible, queriendo decir algo al
protagonista de la película que gesticulaba en el cuerpo
del celuloide. ¡Qué fría era la mirada del personaje!, con
destellos ocasionales de ternura. Era la misma de Caste-
llán. Su chamarra de cuero se le parecía, y también al
pandillero lo buscaban enamoradas las mujeres. Chicas
cuyo sueño más preciado era la ciudad de Los Ángeles.
Jóvenes prostitutas y drogadictas avejentadas. Vista la
película, la memoria de Saúl persiguió con más insis-
tencia a Antonino; provocó en él una afección extraña
por el pasado, con el cual se reconcilió. En la cinta se

reflejaba a la perfección la época de esta historia, con su vacío y desesperanza. Sin sueños ni ideologías ni nada. Nada. O bien, pesadillas. Si para registrar un periodo en la memoria colectiva del mundo se debe recurrir a las desgracias, entonces había otro acontecimiento notorio, previo al *suceso Castellán*, conocido como el *suceso Heredia* y transmitido por televisión. Ulises Heredia convivió con un empleado de su constructora sin imaginar las consecuencias. Cuantiosos hombres estaban a su servicio y el mismo padre de Antonino había trabajado para él. Los implicados bebieron juntos, celebrando el estreno de la casa del trabajador; perdidos en la ebriedad, se juraron amistad eterna, a continuación se declararon hermanos, y nadie se explica cómo inició su discusión por asuntos pendientes. Enardecidos, levantaron la voz y terminaron empuñando sus armas. Pese a la prohibición, gente como ellos solía llevar pistola consigo. Iniciaron los disparos entre gritos de mujeres apresuradas para proteger a los niños. Patrón y empleado cayeron heridos, se documentó, y por un azar obscuro uno al lado del otro, con los brazos al hombro: como estrechándose. Ambos murieron en el mismo hospital, en la misma habitación, y, aunque de ello nació una rivalidad eterna entre familiares, de la que después hubo más cadáveres, el obispo de Ciudad del Valle dispuso que la ceremonia de entierro se oficiase simultáneamente para ambos. Se resaltó en el reportaje televisivo que en la iglesia también abundó el odio, tremenda animadversión atribuló a los presentes y nubló la atmósfera de incertidumbre. Una tragedia faltaba aún: mientras el sacerdote impartía las bendiciones a los cuerpos, en ese momento tan importante para las almas, cayó ataca-

do por una apoplejía y a los pocos días se le transfirió a otra ciudad. Hasta la fecha la gente habla de los muertos que fueron sepultados sin bendición. Muchos aseguran que el suceso fue producto del odio que nació con ellos a modo de maldición. Odio que engendra más odio y se derrama como las sustancias nocivas de las industrias que circundan Ciudad del Valle, expandiéndose y filtrando en la tierra su toxicidad. Algunos más, crédulos, atribuyen el *suceso Heredia* a la siniestra del Diablo, como un gesto de su maldad infinita. Tras ver la noticia por televisión, hecho que afamó a Ciudad del Valle a lo largo del país, Antonino inició un diario en el que se propuso escribir al final de cada día significativo sus impresiones y experiencias. Antes pergeñó pensamientos en hojas sueltas o servilletas de papel que luego perdía en algún sitio. En una de ellas, olvidada en el pupitre, su *Bic* deslizó la siguiente ocurrencia, más artificiosa que espontánea: *Soy inmortal: no moriré jamás*. Al día siguiente oyó las especulaciones de sus compañeros acerca del autor de la frase. “¿Quién habrá escrito esta mamada?”. “De seguro fue el pinche Alfonso, ya ves que se las quiere dar de escritor”. “Pues a ver si no le rompen su madre para saber si de veras es inmortal”, rieron. Nadie notó el sonrojo de Antonino, y a él mismo le pareció natural que se atribuyese la frase a Alfonso Escobar, uno de sus compañeros. La ocurrencia del diario brotó en la mente de Antonino a raíz de las lecturas que, junto con sus compañeros de equipo, realizó para exponer ante la clase. Ana Frank tenía la misma edad que él al describir en su diario los pormenores de la Segunda Guerra a *Kitty*. No sin pesimismo, las primeras líneas que él anotó fueron: *Ciudad del Valle empie-*